

ACTO SEGUNDO

La escena representa el exterior de una casa de aldea en las inmediaciones de Villalba del Alcor. En la fachada, la puerta de la vivienda, humilde; á derecha é izquierda poyos rústicos; encima emparrado de vid, que aún no ha echado la hoja; en los alrededores, árboles. Toda la decoración respira paz y sosiego campesino. Óyese el paso de un rebaño, cencerros lejanos. En el centro de la escena está sentada Doña Juana en una silla rústica. En los poyos ó en las banquetas, las personas que han acompañado á la Reina: Lisarda, Valdenebros, Marisancha y demás. Frente á Doña Juana, y á conveniente distancia, gran multitud de gente campesina, hombres y mujeres de diferentes edades, unos sentados y otros de pie; entre ellos chiquillos de ambos sexos, algunos de éstos descalzos y mal vestidos.

ESCENA PRIMERA

PERONUÑO, DOÑA JUANA, VALDENEBROS, LISARDA,
POCA MISA, ANTOLÍN, SANCHICO

PERONUÑO

(Aldeano, dueño de la casa, se destaca de la multitud, y acercándose á la Reina, hincó una rodilla en tierra.) Señora y madre nuestra, que honráis con vuestra presencia este olvidado pueblo de Castilla, sabed que os ofrecemos nuestras vidas y haciendas.

DOÑA JUANA

Después de pasar la noche en Villalba del Alcor, en la dulce compañía de Valdenebros y Lisarda, he querido visitar una aldea de las más humildes de esta tierra, y por eso estoy aquí respirando con vosotros el aire campesino; no soy la primera castellana, ni tampoco la última: vosotros y yo somos lo mismo. Levántate, amigo.

PERONUÑO

(Poniéndose en pie.) Señora, cómo pasan años y años sin que podamos veros; vuestra visita

nos causa satisfacción tan grande, que no atinamos á expresarla. En mi larga vida no he tenido un gozo tan extremado como el que agora siento.

DOÑA JUANA

Eres muy viejo, Peronuño; tu cara me lo dice.

PERONUÑO

Tan viejo soy, señora, que me acuerdo de vuestra santa madre Doña Isabel cual si viéndola estuviera. Á estos pueblos á caballo venía con reducida escolta de jinetes y espoliques, buscando necesidades que remediar y pleitos que resolver. ¡Ah! No ha existido ni existirá en el mundo Reina como aquella. Cuando se la llevó Dios, estos pueblos quedaron desamparados y huérfanos. Y luego nos han traído esa caterva de flamencos que andan por acá rebañando los maravedises que con tantas fatigas ganamos.

VALDENEBROS

Buen Peronuño, no hables á la Reina de cosas tristes, que Su Alteza ha venido aquí á esparcir su ánimo, no á entenebreerlo.

PERONUÑO

¿Cosas alegres? Pues verá vuesa merced: Ya era yo casado, y con hijos, cuando entraron en Tordesillas aquellos arrogantes caballeros que nos traían la buena nueva de las Comunidades. Les vi llegar ante nuestra Reina, que está presente, ofreciéndole devolverle el gobierno de aquestos reinos. Traían aparejada la Constitución hecha en Ávila para los reinos de Castilla, y tropa muy aguerrida, alzada en Toledo, Segovia, Salamanca y Zamora. Cerca de aquí empeñaron batallas y más batallas, pero...

DOÑA JUANA

(Interrumpiéndole dolorida.) No sigas; en Torrelobatón fueron desbaratados por las tropas imperiales, y...

PERONUÑO

Media legua de aquí, á las puertas de Villalar, vi entrar á Padilla, Bravo y Maldonado. Iban maniatados; y á la mañana siguiente, por mano del verdugo, perecieron degollados en Villalar.

DOÑA JUANA

(Muy emocionada.) Padilla dijo á sus compañeros: «Amigos, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy es día de morir como cristianos.»

VALDENEBROS

(Reprendiéndole.) ¡Peronuño!...

DOÑA JUANA

Dejadle que hable. Me ha recordado el día más triste de mi vida en este destierro.

PERONUÑO

Pues si la señora me da licencia, le contaré que también en un torreón de Simancas vi morir ahorcado al Obispo Acuña, el clérigo más animoso y más bravo que ha existido en España y en el mundo entero.

LISARDA

Ya se os ha dicho que no habléis de trágico.

cos acaecimientos. Pedid á la Reina lo que deseáis para mejorar vuestra existencia campesina.

PERONUÑO

Si hubiéramos de importunar á la señora con la cantinela del malestar y las fatigas que acá sufrimos, no acabaríamos nunca. Aquí hay no pocas labradoras que se pasan la vida descuajando estos terrones para que todo se lo lleve el fisco. Adelántate, Poca Misa, y cuéntale á la Reina las apreturas que pasamos para malvivir en estos secanales.

POCA MISA

(Avanza entre la multitud.) Señora, si me dais licencia...

DOÑA JUANA

(Vivamente.) ¿Y por qué te llaman á ti Poca Misa?

POCA MISA

Porque nunca puedo oirla de cabo á rabo, ni aun agora que estamos en Semana Santa.

DOÑA JUANA

(Sorprendida.) ¿Pero estamos en Semana Santa?

LISARDA

Si, señora; salimos de Tordesillas el Lunes Santo.

DOÑA JUANA

No había caído en ello. Sigue..., sigue, Poca Misa.

POCA MISA

Soy viuda con seis criaturas; dos mellizos, á los que crié á mis pechos con ayuda de Dios Nuestro Señor. Huelgo decir á Vuesa Majestad el sin fin de mis trabajos. A los pequeños y á los mayorcicos cuidarlos de limpieza y sustento. Y aluego, en mi heredad, poner estas manos á todas horas para que la tierra nos dé lo que necesitamos para vivir.

DOÑA JUANA

¡Pobre mujer! Ahora comprendo que no puedas estar el tiempo debido en la iglesia.

POCA MISA

Así es, señora. Una mañana, al salir de la parroquia, topé con un fraile, que me echó

unos latines y me mandó quedarme en la iglesia. Yo me planté y le dije: «So hi... de tal, si quiere que yo me quede rezando aquí, vaya en mi lugar, coja el azadón, lábreme la tierra y cuideme á los crios. (Risa general.)

VALDENEBROS

Muy bien, Poca Misa. Tu respuesta fué muy acertada.

DOÑA JUANA

¿Y los mellizos, te viven?

POCA MISA

Sí, señora. Sanos y gordos los tengo como las mantecas de Dios... Pues á lo que iba: las labradoras, que no tenemos más que el día y la noche, pedimos á Vuesa Grandeza que nos quite esa roña de pechos, alcabalas, foros, gabelas y otras socaliñas, y que no parezcan por acá esos zánganos que, so color de favorecerernos, vienen á llevarse el fruto de nuestro sudor, para costear las endiabladas guerras de los países que llaman bajos, tierra de flamencos, y los países de romanos, de italianos, de turcos y los de infieles, que son las alimañas.

VALDENEBROS

No, mujer. Alemanias querrás decir.

POCA MISA

Lo mismo da.

DOÑA JUANA

Yo me intereso por todos, y hablaré á mi hijo una y otra vez para que os alivie de tantas cargas onerosas. (Al oír esto prorrumpen todos en vítores y aclamaciones de júbilo. Los chiquillos tratan de romper las filas y lanzarse hacia la Reina, pero los padres les contienen.—Doña Juana, carifiossa.) Dejad, dejad que los niños se acerquen á mí. (Los chicos se acercan, y Doña Juana les acaricia. Los más pequeñitos quedan detrás como cohibidos, y dos mayorcitos se ponen delante, junto á Doña Juana. Ésta, además de acariciarles, les habla.) ¿De dónde sois? ¿Cómo os llamáis?

ANTOLÍN

Yo soy de Tagarabuena, tierra de Toro; me llamo Antolín y mis padres son labradores.

DOÑA JUANA

¿Y estudiáis algo? ¿Sabéis leer?

ANTOLÍN

Yo no sé leer; el que sabe es éste, que se llama Sanchico y estudia para cura.

SANCHICO

(Protestando.) Mentiroso. Sé leer y escribir, pero no estudio para cura.

DOÑA JUANA

(Acariciándole.) ¿Te incomodas porque tu amigo te dice que estudias para cura?

SANCHICO

Sí, señora; me incomodo porque no es verdad. Mi madre, que es lavandera de los frailes de San Francisco, me ha puesto á estudiar latín con uno que llaman Fray Alonso de Rebolledo; pero este señor, que antes que fraile fué soldado, no me enseña latín, sino el arte

de la guerra, y sabe más de batallas, de asaltos, de tercios, marchas y contramarchas que el Gran Capitán.

ANTOLÍN

(Riéndose.) Señora, no haga caso.

DOÑA JUANA

(Sonriendo.) ¡Hombre, más que el Gran Capitán! Mucho decir es eso. ¿Y qué te enseña tu maestro, fraile y guerrero?

SANCHICO

Muchas cosas. Ahora me enseña á manejar el arcabuz; ya sé apuntar y hacer disparos.

DOÑA JUANA

¡Que valiente! Y el día que sepas manejar el arcabuz, ¿qué vas á hacer?

SANCHICO

¿Qué voy á hacer? Pues el día que algún deslenguado se atreviera á hablar mal de Su Alteza y llamarla loca, le apunto á veinte pasos y le meto una bala entre ceja y ceja.

DOÑA JUANA

(Con sorna.) No, hijo, no tanto. No debemos ser tan violentos ni precipitados. Además, Dios manda que perdonemos las injurias y hagamos todo el bien posible á nuestros semejantes.

SANCHICO

Señora, déjeme á mí de perdones y de blanduras; yo no quiero más que guerra, guerra y guerra.

ANTOLÍN

Señora, éste es de la piel del diablo.

SANCHICO

Yo he de llegar á mandar una tropa muy grande, con muchos caballos, pedreros, cañones; sitiar una plaza, tomarla, saquearla y llevarme el botín...

DOÑA JUANA

Y más que esas empresas guerreras, ¿no te gustaría una vida tranquila en tu casita, la-

brando una heredad y sacando de ella el trigo, hortaliza, fruta?...

SANCHICO

Señora, eso se queda para éstos del yo me lo guiso y yo me lo como.

ANTOLÍN

Pues yo...

DOÑA JUANA

Calla, calla. Este pica más alto que tú, y descollará en la guerra más que tú en la paz; pero la paz y la guerra combinadas hacen felices á los pueblos. Vosotros, cuando seáis hombres, trabajad por Castilla y hacedla venturosa y rica.

PUEBLO

¡Viva la Reina de Castilla!

DOÑA JUANA

(Muy turbada.) Reina de nombre nada más.

PERONUÑO

Su Alteza no es Reina efectiva porque no

quiere serlo. Recobre la señora los reinos que le han quitado, y todos seremos felices.

DOÑA JUANA

No, Peronuño. Los reinos de Castilla, Aragón, Nápoles, Milán, todo lo de Flandes y Alemania y los inmensos territorios del Nuevo Mundo, son gobernados por mi hijo Carlos.

PERONUÑO

Los países distantes, de cualquier religión ó estatuto que fuesen, no nos atañen poco ni mucho; lo que sostenemos y afirmamos es el deseo de que este sagrado suelo sea gobernado por su legítima Soberana, y nosotros, con ayuda de Dios, estamos decididos á derramar nuestra sangre por resucitar las Comunidades de Castilla.

TODOS

(Con gran estruendo.) ¡Viva Castilla!

VALDENEBROS

Lo que quiere decir este buen hombre es que la voluntad de Su Alteza dé vida á un Estado nuevo.

PERONUÑO

Eso, eso. Y los otros países que se arreglen como les cuadre.

DOÑA JUANA

¿Y ese nuevo Estado queréis ponerle en Rioseco, bajo la custodia y gobierno del Almirante de Castilla, don Fadrique?

PERONUÑO

No, no.

DOÑA JUANA

¿Por ventura queréis ponerle en Burgos, bajo la autoridad del Condestable de Castilla, que sería la cabeza del nuevo Estado?

PERONUÑO

Tampoco.

VALDENEBROS

Ni el Almirante ni el Condestable deben regir el nuevo Estado. Castilla debe ser inseparable de esta ilustre señora, hija y heredera de la gran Isabel.

DOÑA JUANA

¡Pobre de mí! Yo no sirvo para eso. Hablaré con mi hijo, y él os concederá lo que deseáis: un gobierno patriarcal... El pueblo en estrecha unión con la Corona.

PERONUÑO

Pero vuestro hijo es el Emperador, y el Emperador no nos quiere.

DOÑA JUANA

Sí os quiere. Yo sé que os quiere.

POCA MISA

(Manoteando.) El Imperio no quiere más que á los flamencos, y nosotros no queremos ni imperios ni flamencos.

VALDENEBROS

Poca Misa, cállate. Y vosotros todos oidme: Los flamencos no son tan malos como creéis.

Fraternizad con ellos; trabajad todos juntos en la labor de la tierra y en las artes, y veréis cómo al fin las comarcas españolas serán felices y ricas.

PERONUÑO

Procuraremos entendernos con los flamencos, y quiera Dios que el Emperador mire por estos desdichados pueblos.

POCA MISA

(Manoteando.) Bien venido sea el Imperio si nos ampara, pero á condición de que esta santa Reina sea nuestra Emperadora.

SANCHICO

(Aproximándose al grupo de mujeres.) Pero ¡qué bruta eres! No se dice Emperadora.

POCA MISA

¿Pues cómo se dice?

SANCHICO

(Con suficiencia.) Se dice Emperatriz.

POCA MISA

¡Cállate, arrapiezo: qué sabes tú! (En el grupo donde está Poca Misa y los chiquillos se hace algo de barullo.)

VALDENEEROS

(Acercándose.) ¡Callad, callad! Su Alteza será Reina efectiva de Castilla cuando ella se determine á cambiar su cristiana mansedumbre por una ambición gallarda más conforme con los deseos de su pueblo.

DOÑA JUANA

(Con dolorido acento.) ¡Dejadme..., dejadme á mí!... Quiero acabar mis días en la obscuridad..., en el silencio...

ESCENA II

Los mismos.—MOGICA, con un Montero de guarda y un Escudero de á pie.

VALDENEEROS

¿Qué hay, Mogica?

MOGICA

Que el Marqués sabe ya dónde está Su Alteza.

VALDENEEROS

¿Y viene á buscarla?

MOGICA

El Marqués no viene. Allá se queda reneando y diciendo pestes de la Reina. Ha mandado los coches, con encargo de llevarla á Tordesillas inmediatamente.

DOÑA JUANA

(Que ha oído á Mogica.) ¿A Tordesillas? Aquí,

aquí. ¡Pueblo castellano, no permitas que de ti me separen!... (Se tambalea y recobra su postura en la silla.)

LISARDA

Sosegaos; en el Palacio de Tordesillas dispondremos comodidades que no tenéis en esta aldea.

DOÑA JUANA

Comodidades, no; llaneza, igualdad con el pueblo.

PERONUÑO

La Reina está en lo cierto. El pueblo debe gobernarse á sí mismo en conformidad con la Soberana.

VALDENEBROS

(Que se aparta de la Reina y avanza hacia la multitud para sosegarla. Tras él va Mogica.) Lo que vosotros queréis es que el reino de Castilla se mantenga independiente de los demás Estados del Imperio de Carlos V, y dé á éste el contingente necesario de hombres y dinero para la vida común.

MOGICA

Esa misma idea es la que sostiene Su Al-

teza. Asimismo me lo dijo en Gante hace cincuenta años, cuando aún vivía el Rey Católico; y en el cautiverio de Tordesillas lo ha dicho también. Doña Juana lo que no quiere es gobernar por sí; pero su afán es que se gobierne á Castilla en esa forma que acaba de decir Valdenebros.

DOÑA JUANA

(Incorporándose agarrada á los brazos de Lisarda.)
No me separen de mi pueblo.

PERONUÑO

¿Que van á venir los coches para llevarla á Tordesillas? Nosotros la llevaremos en nuestros brazos.

POCA MISA

(Gritando.) Los coches pa esa fantasiosa, pa la Marquesa, que todo lo quiere mangonear, para ser ella la dominante, la imperanta, ó como se diga. Si yo gobernara en Castilla metería mano á esa ruin pécora y le pondría una rueca en la cintura y un huso en la mano, y le diría: hilame ese copo hasta que te pudras, mientras yo destripo estos terro-

nes. Yo destripo y tú hilas, y hasta que no acabemos no comemos. En esta tierra, como en todas, el que no trabaja no come.

PERONUÑO

Cállate, Poca Misa. No desbarres.

VALDENEBROS

(Dirigiéndose á Mogica.) ¿Y has dicho que no viene el Marqués?

MOGICA

El que viene es ese señor que fué Duque de Gandía.

VALDENEBROS

Sí, Borja; venga en buen hora el santo varón.

MOGICA

Los coches se quedan en aquel altozano, porque no pueden bajar hasta aquí.

VALDENEBROS

Ya los veo, y á Borja también, que á pie

se dirige hacia acá. (Acércanse hombres y mujeres; algunas de éstas, las más fuertes y vigorosas, rodean á Doña Juana, disponiéndose á llevarla en brazos.)

DOÑA JUANA

¡Ay! No quiero cansaros. ¡Qué buenas sois! La emoción de estar entre vosotros, la alegría de veros y oír vuestras voces han turbado profundamente mi ánimo; mi cuerpo desfallece y apenas puedo respirar. (Recostándose en el hombro de doña Lisarda, y acariciada por Marisancha y otras mujeres del pueblo, extiende su cuerpo cual si quisiera recostarse en un lecho. Habla aparte con Lisarda.) Oye, Lisarda: antes que me lleven á Tordesillas quiero hablar contigo. Recoge todo lo que me resta de mi escaso caudal y repártelo entre esta gente infeliz. Á Poca Misa le das lo preciso para que mantenga á sus hijos sin trabajos, y á este pobre Sanchico dale para que siga sus estudios con el fraile que le enseña el arte de la guerra.

POCA MISA

¡Viva nuestra Reina, que ahora es nuestra Emperatriz!

TODOS

¡Viva...!

DOÑA JUANA

(Con voz apagada.) Ni Reina ni Emperatriz.
No quiero más que el descanso...

SANCHICO

¡Viva nuestra madre, que es la Soberana de
Castilla, de España y del mundo entero! (Gran
vocerío.)

ESCENA III

Los mismos.—BORJA, que viene descubierto.

BORJA

(Aproximándose al grupo, toma la mano de la Rei-
na y la besa.) Señora, el pueblo quiere condu-
cir en brazos á su adorada Reina.

POCA MISA

Y la llevaremos hasta el fin del mundo.

BORJA

Todo lo que hagáis, la Reina lo merece y
mucho más.

DOÑA JUANA

(Reconociendo á Borja.) ¡Ah, Duque! ¿Estáis
aquí?

BORJA

Como siempre, señora. Á la orden y servi-
cio de Vuestra Alteza. Aunque la respuesta
que disteis al Conde de Aguilar fué un tanto
desabrida...

DOÑA JUANA

¿Desabrida? Ya no me acuerdo. No hagáis
caso. Mi cabeza flaquea cuando me hablan
de confesores. No creáis por eso que yo vivo
apartada de la doctrina de Cristo Nuestro
Señor.

BORJA

(Tranquilizándola.) ¿Cómo lie de creer yo eso,
señora? La observancia de las virtudes cris-
tianas, la constante práctica de la caridad, el
amor á los humildes, la paciencia y resig-
nación en las desgracias, bien claro dicen la
pureza de vuestra alma.

DOÑA JUANA

Es que podía explicaros...

BORJA

Por el momento no debéis atender más que á vuestra preciosa salud. (En aquel momento las mujeres suspenden suavemente el cuerpo de Doña Juana; doña Lisarda le sostiene la cabeza.) ¡Mujeres castellanas: llevad con cuidado el cuerpo de esta Reina, que ha padecido durante luengos años sin consuelo de nadie, sin exhalar una queja, sin protestar contra sus opresores! ¡Es una santa!

POCA MISA

Como santa la llevaremos.

BORJA

Vamos ya. (Pónense en marcha lentamente.—A Lisarda.) Vos, señora, seguid sosteniendo esa cabeza augusta, que archiva más de medio siglo de la historia del mundo.

Telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La decoración del acto primero. En el centro de la escena, hacia la derecha, una cama portátil, en la cual está acostada Doña Juana en actitud soñolienta; á su lado, sentada, doña Lisarda y Marisancha. A su cabecera, en pie, el Doctor Santa Cara, hombre de avanzada edad. En la primera caja, á la izquierda, como si entrara de la calle, el Marqués de Denia, que al ver á Doña Juana queda suspenso. El Doctor Santa Cara dirigese á él de puntillas por no hacer ruido.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JUANA, DOÑA LISARDA, MARISANCHA, DOCTOR SANTA CARA, MARQUÉS DE DENIA

DOCTOR

(En voz baja.) La hemos traído aquí, porque en su alcoba quejábase de falta de luz y aire respirable.

DENIA

¿Y va mejorando?